

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 7 DE FEBRERO DE 1841.

DE LAS

Comunidades en Mallorca.

AÑO 1521.

ARTÍCULO 1º

Aprés vindrá tormenta

Per enteniments baixos;

Los villans y bestaxos

Voldrán ser Pares.

Profecía de Bernardo de Mogoda.

Trecientos veinte años cumplen en este día que la ciudad se viera por dó quier agitada y conmovida, y resonaba con un rumor extraordinario de aquellos que anuncian tener eco en los siglos futuros, y distinguir el día en que suenan con una marca de gloria ó de ignominia. Era juéves de carnestolendas, y aquel rumor podia ser, como todos los años, el de grotescas cavalgatas con ridículos disfraces, el de báquicas cuadrillas que ahullaban con groseras canciones al son de sus guitarras, el de los torrentes de agua y nubes de salvado que caian de las ventanas mezclado con las maldiciones de los transeuntes y las risadas de los agresores: pero entónces aparecia mas serio y no ménos estrepitoso. En el cerrar de las puertas, en el correr las gentes hácia todas direcciones, en todos los rostros pálidos por el terror ó encendidos por la animosidad, se leia la sedicion y el trastorno social. Desde la plaza del Muelle

hasta la calle de la *Boseria* el caballo del virrey D. Miguel de Gurrea seguido de su hijo y de algunas autoridades y oficiales apenas podia abrirse paso entre la cerrada muchedumbre; y en esta no habia la reverencia, ni en aquel la fuerza del imperio acostumbrada, porque habian cambiado de posicion. El virey viendo sus palabras de conciliacion, y su llamamiento de socorro igualmente ineficaces y acogidas por el gentío con un murmullo ó con un silencio no ménos siniestro, con su corta comitiva á la cual se habian unido algunos caballeros, buscaba desatentado un barrio pacífico, un punto libre de la inundacion; cuando al subir hácia la plaza de *Cort* y la *Nueva* vió venir sobre sí la mas terrible avenida que bajaba de la *Calatrava*, vióse casi solo en medio de aquel mar de cabezas, vió picas y armas de fuego apuntadas contra él, y se retiró y encerró en el Castillo Real.

Hacíanse distinguir de entre la plebe ciertos hombres artesanos en su traje, de enérgica fisonomía, de popular elocuencia, que salidos poco ántes de una casa vecina á S. Nicolas se habian derramado por la ciudad; y entre estos se notaba uno por su imperio é imponente presencia, que luego fué proclamado capitán con el unánime grito de viva Juan Crespí. Los demas caudillos de aquella conmocion que desde dos meses subterráneamente se preparaba, Juan Odon y Miguel Colom, Pedro Bagur y N. Ripoll, estaban detenidos en prision, y su libertad habia sido el primer pretexto de aquel tumulto. Rompiéronse las cárceles, y cual si se

quitase el dique á una cloaca, viéronse llenas las calles de todos los reos y malhechores allí encerrados, viéronse aparecer rostros siniestros y harto conocidos que á su ferocidad natural añadian la horrible alegría de verse libres inopinadamente y el instinto de venganza. Desde la ventana de las Casas consistoriales un hombre, cuyas orejas mutiladas anunciaban sus crímenes, pregonaba un bando que las cabezas de los oficios acudiesen só pena de la vida á la sala de los Jurados; y reunidos en ella apoderáronse de 300 picas y 60 mosquetes, y dejando allí 100 hombres de guarnicion, marcharon por las plazas ordenados en compañías tambor, batiente y banderas desplegadas, alternando en los gritos de «pague quien debe, jus est in armis, viva el rey, y mueran los caballeros.» Aquel día fué de gran terror para cuantos habian quedado en sus casas, porque no se oia ni veia, dice Mut, mas que tropas por las calles, gente agavillada en las plazas, insultos y aclamaciones, clamores, espadas desenvainadas y armas de fuego por todas partes.

Pero sin dejarnos pasar adelante, se nos preguntará ¿por qué estas escenas democráticas que parecen un anacronismo en aquellos siglos de obediencia y sumision? cómo ha llegado á serlo todo el que nada era el día anterior? por qué en fin aquel grito de «jus est in armis,» que por extraño que parezca no es mas que sinónimo de muchos que hemos oido en nuestros días, y que apreciamos tanto mas cuanto es mas sincero y desnudo de fórmulas vanas y especiosas con que pretende encubrirse siempre el reinado de la fuerza?

En los siglos medios eran mas frecuentes de lo que se cree esas reacciones violentas del pueblo contra los nobles y señores, esos momentos de venganza que pagaban un siglo de opresion y servidumbre, esos intervalos de un día en que los esclavos hacian el papel de amos, como entre los antiguos Lidios y Escitas, procurando dejar largas huellas de su dominio. Entónces la profunda valla que separaba ambas clases, se llenaba de sangre; y la insurreccion era tanto mas furiosa cuanto mas habia estado compri-

mida, cuanto mas carecia de esperanzas y garantías para lo sucesivo, cuanto mas procedia de las pasiones que de convicciones ó principios; entónces á la luz de las llamas que consumian los castillos, se deshonraba á las mugeres de los barones, se estrellaba á sus hijos contra las piedras, y se reservaban para ellos mil géneros de suplicios, que se dirian imaginados durante largos años de silencio y de encono. Una vez este satisfecho, el pueblo abandonando ó vendiendo á sus tribunales, volvia por sí mismo á lo que unos dirian *su yugo* y otros *su sosiego*, como si creyese soldada ya la deuda, y vaciado el vaso de indignacion, aguardando que gota á gota volviese á llenarse.

Estos espectáculos que tan frecuentemente aparecieron en las repúblicas de Italia, y en las opulentas ciudades de los Países Bajos, que tanto ensangrientan la historia de Inglaterra en el siglo XIII y siguientes, y tan funestamente célebres se hicieron en Francia durante el siglo XIV con el nombre de *Jacquerie*, fueron casi desconocidas en España, porque las guerras con los moros, teniendo á la nacion como en perpetuo campamento, mantenian en los nobles las virtudes y el prestigio, el entusiasmo y emulacion en los plebeyos, y á todos en estrecha union; y ademas su poblacion era mas agricultora que comerciante é industrial, gente de suyo mas osada y aventurera, mas impaciente de impuestos, mas ansiosa de franquicias y libertad. Pero desde que Mallorca á últimos del siglo XIV empezó á decaer de su opulencia y esplendor, y á aumentarse los apuros del erario, no eran ya nuevas estas insurrecciones, que cual fúnebres cometas acompañaban ó seguian siempre al hambre, á la miseria, á los desastres. En 1591 los campesinos ó payeses despues de sitiar la ciudad, atropellaron al gobernador Zagarriga, y rompiendo el muro penetraron en ella, donde unidos con otros de dentro y capitaneados por Anton Cigar (*) de apodo-

(*) Este es el nombre que se da á *Brou de pella* en su sentencia de muerte que hemos visto transcrita, aunque Mut y los que siguen á este autor le llaman Nicolas.

Brou de pella, saquearon bárbaramente el barrio de los Judíos, y las casas de varios caballeros que acusaban de fautores de estos sectarios, y robaron los tesoros del ayuntamiento ó universidad. La multa con que el rey de Aragon castigó á la isla por estos desmanes, la esterilidad de las cosechas, y otras muchas causas aumentaron enormemente la penuria y las deudas del erario, estas los impuestos, y los impuestos las quejas y el descontento de los payeses, que despues de largos litigios y protestas rompió furiosamente en 1450, cuando la ciudad sitiada y estrechada por el hambre vió por dos años tremolar las banderas de los rebeldes al pié de sus muros, y oyó los gritos de mortandad y esterminio con que la amenazaban los sitiadores. Tras el desarmamento de estos, y los numerosos suplicios con que se les castigó, renacieron las quejas y litigios que aunque ménos violentos y ruidosos mantenian el odio y la discordia entre los foráneos y la ciudad.

Pero dentro los muros de esta tenian los payeses en los artesanos y proletarios unos aliados naturales con comunidad de odios, de intereses y de agravios. En 1591 se habian unido para el saqueo de los judíos, y en 1450 es sabida la conspiracion urdida por Pedro Mascaró y otros menestrales para abrir las puertas á los sitiadores, y el riesgo de la ciudad combatida á un tiempo por enemigos internos y por los estraños. Los que en nuestros dias hemos visto los gremios reducidos á un vano nombre, no podemos formar idea de estas hermandades: pero en aquellos tiempos en que la ley era insuficiente para proteger á los individuos, en que era preciso reunirse en asociaciones, como varas en haces, para no ser rotos de uno en uno por las manos de algun prepotente, en que se necesitaban mas vínculos entre los componentes de cada clase, cuanto ménos eran los de las clases entre sí, entónces cada gremio era por decirlo así un poder social, con sus armas, sus privilegios, sus fondos particulares de que muchas veces recibian los reyes empréstitos ó donativos; y cuando tremolaba el pendon de la cofradía, cuando se dejaba oír en sus juntas una

voz enérgica y atrevida, aquel pendon y aquella voz podian conmover el estado.

Por otra parte los nobles, es preciso confesarlo, habian decaido mucho de su primitiva gloria y magnanimidad, y convertian el ardor de su alma y la fuerza de su brazo, que debian emplear en los combates, en inestinguibles odios y sangrientas venganzas, cuya historia en pequeño no es mas que la de los príncipes de Italia durante el pontificado de Alejandro VI. Sus atroces discordias enseñaron á la plebe á ver correr sin espanto la sangre de un noble, y sus desórdenes y la dilapidacion de las rentas públicas de que á algunos de ellos sospechaba culpables, le animaron luego á derramarla. Aun mas: muchas veces habian los caballeros desencadenado unos contra otros la fiera popular haciéndola servir para sus bandos, sin pensar en que ya crecida podria devorarlos á todos, y habian protejido los desórdenes y la sedicion. Asi es que en el motin de 1591 aparece como cómplice Luis de Bellviurer cuatro años ántes castellano de Bellver, y puestos en bando Juan y Arnaldo Santacilia; y despues del sitio de 1450 y en otras tentativas posteriores, se hallan pregonados Alfonso Torrella y los hermanos del ilustre apellido de Albertí; nuevos Catilinas cargados de delitos y deudas que buscaban su remedio en mudanzas y trastornos, ó ambiciosos rivales que pretendian escalar el poder y minar la autoridad de sus competidores.

Preparados así los elementos para la conmocion, y llegando nuevas cada dia de las Comunidades que se levantaban en casi todas las ciudades del continente, y en especial de la que en Valencia se habia instalado con tanto poder y solemnidad, el pelaire Juan Crespí hombre de osadía y talento no vulgar, empezó á encender con sus nocturnas arengas el ánimo de sus compañeros, y á abrir su pecho con los hermanos Colom boneteros y otros de no menor resolucion, cuya prision como hemos visto aceleró el rompimiento. Al ver en las pláticas de estos antiguos tribunos indicados los derechos del pueblo, el poder de los muchos contra los pocos, y las quejas del orgullo ofendi-

do mas bien que de los intereses dañados; y las cartas que despues del levantamiento dirigieron á los agermanados de Valencia encabezadas con el pomposo nombre del PUEBLO, se les creyera más adelantados en ideas democráticas de lo que era de esperar. En su plan se vé un no sé de qué de vasto, un no sé qué de meditado, que se duda si darle el nombre de sedicion ó de revolucion, y en sus actos un deseo de cubrir la venganza con el manto de la ley y en detener el instinto carnicero del vulgo que á deshora la desenmascaraba y hacía aparecer en su desnudez.

Se erraria sin embargo en suponerles otras ideas ni conviccion que sus pasiones, y en creerlos adeptos de ninguna organizacion política ó sistema de gobierno. Si cada conmocion ó gemido de los pueblos hubiera de contarse por una revolucion, si hubiera de concederse á las nuevas ideas un apóstol en cada siglo, no cabria en el calendario de la democracia el catálogo de sus mártires, y harto pronto el panteon se llenaria de sus grandes hombres. Y si nó ¿por qué *Brou de pella* y Simon Tort Ballester, gefe aquel del motin de 1591, y este de la insurreccion de 1450, hubieran de ser de peor condicion que Colom y Crespí?

J. M. Q.

EL

Campanario de San Miguel.

1661.

I.

Eran las once de la noche del 19 de junio, cuando tres mancebos alegres y de buen humor, cruzaban por la plaza del Borne, oscura y solitaria en aquel entónces. Una guitarra diestramente pulsada por uno de ellos, servia de acompañamiento á las bulliciosas coplas de nuestros atolondrados, y sus voces y su algazara hacian retirar á un lado al pacífico transeunte, que espantado de verse en la calle á

aquella hora, no gustaba de encuentros que pudieran ocasionarle alguna broma pesada, que hubiera sido preciso aguardar con paciencia so pena de trabar conocimiento con las dagas de nuestros locos. En aquellos tiempos dichosos, una paliza, una doncella ultrajada, y hasta un puñal ó una espada hundida en el pecho de alguna persona, eran cosas de poca monta, cosas que no daban mucho cuidado á la autoridad, y que poca ó ninguna sensacion ocasionaban por la frecuencia con que sucedian. Nuestros tres jóvenes pues, caminaban alegremente aspirando la fresca brisa que á la sazón corria, y dispuestos á cualquier travesura, y á cualquier lance que pudiera señalar aquella noche, y darles un recuerdo en su vejez.

— Chicos, dijo D. Albertin Dameto, que era el que rasgueaba la guitarra. ¿Queréis que vayamos á dar una música al virey?

— ¡Al virey! exclamaron sus compañeros.

— Sí, al virey. Le pagaremos de este modo el servicio que nos hacen sus migueletes.

— Pero....

— Tienes miedo ¿no es verdad?

— Yo no; pero lo que dices es casi imposible. La guardia no nos dejará llegar.

— Pues por lo mismo que es casi imposible es porque lo propongo. Las cosas fáciles no tienen mérito.

— No obstante....

— Además la guardia estará durmiendo.

— ¿Y el que esté de centinela?

— Se le envia al otro mundo.

— Enhorabuena, pero....

— Ello en fin es preciso hacer algo. No se ha de decir, vive el cielo, que hemos salido para pasear solamente. Esa hipocritona de doña Blanca no ha querido abrirnos sus balcones....

— Aguardad, dijo el que no habia tomado aun parte en este diálogo: Sin ir á dar música al virey tendremos aventura esta noche. Allí hay gente ¿no reparais?

Los ojos de D. Albertin y su compañero se dirigieron inmediatamente al punto que les señalaba su amigo.

— En efecto, dijo D. Albertin. Frente á san Francisco de Paula distingo unos bultos,

— Cuántos son?

— ¿Y qué importa el número? A ellos. Les preguntaremos quienes son.

— ¿Y si no lo dicen?

— Les preguntaremos si tienen buena punta nuestras espadas, y esto forzosamente lo habrán de decir.

— A ellos, pues.

Dirigiéronse efectivamente nuestros osados hacia sus incógnitos enemigos con paso firme y determinacion audaz, pero apenas llegados á una distancia como de ochenta pasos, un fuerte «¿Quién vive?» les hizo parar de pronto.

— Ah! son migueletes del virey! Tanto mejor. Adelante muchachos.

Y prosiguieron sin dignarse contestar.

— ¿Quién vive? repitió con mas fuerza la misma voz.

— No lo veis? contestaron nuestros locos. Pero apenas pronunciadas estas palabras, cuando los compañeros de D. Albertin lanzaron un grito. Un tiro habia sonado, pero ese tiro don Albertin no lo oyó, ó lo oyó confusamente. La bala habia entrado en su pecho.

Al grito de los amigos del herido, y á las voces de «asesinos! asesinos!» los migueletes habian abandonado su puesto huyendo precipitadamente. Pocos instantes despues la plaza hervia en gente, y las palabras: «Han asesinado á un noble» circulaban de boca en boca, y helaban de espanto á la muchedumbre.

II.

Al dia siguiente la ciudad estaba en una profunda conmocion. El odio que desde mucho tiempo se profesaba á los migueletes habia llegado á su colmo, y ese odio, ya no se disfrazaba, era público. Las amenazas contra el virey y las voces de esterminio contra los migueletes, corrián de boca en boca y en todas partes hallaban eco porque era la nobleza que las propagaba, la nobleza, que se creia ultrajada toda en la persona de D. Albertin Dameto. Preguntábanse con indignacion hasta cuando debian sufrir el despótico mando del virey; recordaban los actos de su mando, cargando de odio-

sidad hasta los mas leves; traian á la memoria sus antiguos privilegios y su poder de otros tiempos, y al venir á parar despues de todo esto en el suceso de la noche pasada, exaltábanse los ánimos, rugian de furor todos los pechos, y las palabras y los proyectos de venganza, corrián sordamente pero rápidos, cual suena lejano el trueno precursor de tempestad.

El desdichado miguelete, autor de esta efervescencia se habia refugiado huyendo de su crimen al convento de la Merced; pero encontrado allí, habia sido conducido cargado de cadenas al campanario de S. Miguel, sitio destinado entónces para cárcel de los reos de quienes se dudaba, si la calidad de su crimen, admitia el perdon que ofrece el sagrado de la iglesia.

El infeliz yacia aletargado en un rincon de su cárcel, y recordaba como en sueños el suceso que le habia puesto en aquella situacion. El grito de «asesinos» que los compañeros del herido habian levantado, zumbaba sin cesar en sus oidos, y le daba bien á conocer su malhadado acierto y el desenlace futuro de aquel acontecimiento en que tan terriblemente debia figurar. Entónces maldecia su suerte, porque entónces le acudian mil medios que hubieran podido evitar la implacable animosidad que sobre él pesaba, y acerca de cuyas resultas no le era dado ilusionarse, conociendo el carácter y el poder de la nobleza, y no ignorando ya que á ella pertenecia su víctima. Gemia el miguelete, y el remordimiento y la desesperacion alternaban en su pecho. El remordimiento, por haber disparado sobre un hombre que ningun mal le habia hecho, y de quien ningun resentimiento tenia; y la desesperacion, porque al obrar asi no habia hecho mas que cumplir con la orden que se le diera, y esa orden que debia ser su salvaguardia, la veia no solamente doblegarse ante las exigencias de una cruel venganza, sino que tambien justificarlas y darlas tácitamente su aprobacion. Oh! A esta idea mil imprecaciones salian del miguelete; revolcábase en el suelo, y sus cadenas rodando estrepitosamente con él, eran una voz terrible

pero cierta que se parecía complacer en mostrarle mas y mas la suerte que le esperaba.

De pronto el ruido de voces y de pasos dejóse percibir muy cerca de la estancia. Abrióse á poco la puerta, y tres hombres encubiertos y armados entraron en la prision. Cerraron de nuevo la puerta cuidadosamente y acercándose al encarcelado, permanecieron un momento silenciosos.

— Soldado, dijo por fin uno de los que habian entrado; ¿Cuál es tu nombre?

Miróles el desgraciado por un momento atónito, y procurando comprender el objeto de esta pregunta. — Pedro Morat, pronunció al cabo débilmente.

— Pedro Morat, continuó su interlocutor. Hoy á las tres de la madrugada ha muerto don Albertin Dameto. Pedro Morat, nosotros éramos muy amigos del difunto, y hemos asistido á sus últimos momentos.

Estas palabras pronunciadas con acento sombrío, helaron de espanto al pobre miguelete que temblaba de adivinar el motivo de aquella visita.

— Ha sufrido mucho! prosiguió el encubierto; sus últimos momentos han sido bien penosos, y ántes de espirar nos ha apretado la mano y dirigido una mirada. Esa accion y esa mirada nosotros la hemos comprendido. Quiere venganza.

— Oh! perdon! perdon...! gritó el desgraciado comenzando á sospechar la terrible verdad.

— Pedro Morat, prepárate á morir.

Desde su traslacion del convento de la Merced á la torre de S. Miguel, el triste miguelete habia conocido la suerte que le esperaba. Aunque preparado á morir no pudo sin embargo escuchar sin un fuerte terror las últimas palabras de su enemigo, porque aquellas palabras destruian toda esperanza de salvacion que pudiera haber abrigado, por remota y débil que fuese. Tendió angustioso la vista á todas partes, y al verse entre cuatro espesas paredes que ningun paso podian dar á sus gritos, cerrada la puerta de su cárcel, desarmado y cargado de cadenas en completa soledad con tres hombres que acababan de declararse asesinos suyos, oh!

entonces la muerte le pareció bien horrible, la desesperacion se apoderó de su alma, y un grito, pero un grito amargo, un grito desgarrador que ninguna pasion despide, y que solo puede engendrar la horrorosa agonía en que se hallaba, salió del pecho de aquel infeliz, que cayó desplomado al mismo tiempo á los pies de sus matadores.

Ninguna emocion se pintó en los rostros de estos. Desenvainaron tranquilamente sus espadas y se prepararon impasibles á efectuar su sangriento proyecto.

— Tienes algo que pedir á Dios?

El infeliz solo contestó estrechando las rodillas del que así le hablaba.

— Oh! nó... no me matareis...! tengo muger, tengo hijos que os pedirian á su esposo, á su padre, y que con mi muerte sumiriais en la miseria... Ellos serian vuestro martirio. Ellos al pedirnos limosna se os presentarian como un remordimiento. Oh! no me mataréis... ¿no es verdad que no me mataréis...?

Y el desgraciado arrastrándose en el polvo, besaba las plantas de sus verdugos y las regaba con lágrimas de fuego.

— Vamos, pronto, pronto....

— Dios mio...! ¿Y es cierto que he de morir...? Mi vida, mis buenos amos, mi vida os pido, y será toda vuestra, y os la consagraré, y os bendeciré cuando me maltrateis: ¡mi vida...! Decís que he cometido un crimen... Yo lo repararé... Yo iré de rodillas, la cabeza descubierta y un dogal al cuello de casa en casa, y pediré perdon y sufriré injurias, y besaré los pies de los que me pisotearen, y....

En este momento sintió un horrible frio en su espalda. La punta de un hierro se introducía en ella.

— Nó...! nó...! gritó frenético, levantándose de pronto desesperadamente, y huyendo embarazado con sus cadenas á un extremo de la estancia.

— Sujetadle, dijo uno de ellos; yo le acabaré. Los otros dos se llegaron efectivamente al miguelete y le cogieron de los brazos. Una lucha corta pero horrible tuvo lugar entonces. La

infeliz víctima al sentirse tirar por sus verdugos se agarraba frenéticamente á las paredes rompiendo y destrozando sus uñas y defendiéndose á mordiscones contra los que de allí querían arrancarle. La convulsión de sus miembros, el color amoratado de su rostro, el rechinar de sus dientes, un sudor frío que bañaba todo su cuerpo, y las furibundas miradas que sus ojos próximos casi á salir de sus órbitas dirigían á sus enemigos, manifestaban bien á las claras el postrer esfuerzo de la desesperación y la agonía del infeliz que sentía á cada instante faltarle con las fuerzas los medios de defensa. Pero esta resistencia debía durar poco. Sus dedos sangrientos tuvieron al fin que soltar la pared. Un alarido espantoso resonó entonces en la estancia, y casi al mismo tiempo el ruido de unas cadenas cayendo pesadamente, dieron á conocer el fin trágico de aquella escena. El miguelete tenía una espada atravesada en la garganta.

Los asesinos contemplaron un momento el cadáver impasibles. La sangre que en un principio salía presurosa, corría ya con lentitud. De pronto el cuerpo del desdichado se agitó convulsamente, y luego sucedió una completa inmovilidad.

— Ya ha muerto, dijo uno de los que le contemplaban, y los tres atravesando por un lago de sangre se alejaron sosegadamente del teatro de su crimen.

La muerte que acabamos de referir fué la señal de alzamiento para los descontentos. Los nobles revolucionados quisieron acabar con los demas migueletes, pero el virey mandó cerrar las puertas de la ciudad, y este movimiento sedicioso no tuvo afortunadamente ninguna consecuencia. La iglesia de San Miguel que celebraba la fiesta del Córpus de la parroquia el día que se cometió en ella el crimen mencionado tuvo que bendecirse de nuevo, pero los perpetradores del asesinato no pudieron judicialmente descubrirse.

A. M.

Á LA GLORIA.

Y he sentido mi espíritu
No sé ser hoy, y perecer mañana.
Zorrilla.

Una selva hay cerrada y sombría,
Donde grey no penetra ó pastor;
Solitaria con dulce armonía
Su quietud acompaña y pavor.

Ya de un ramo á otro ramo modulan
Ruisseños su vario cantar;
Ya en los olmos las brisas ondulan,
Y se agita la selva cual mar.

Con el ave y la brisa á su turno
Ya murmura corriente fugaz,
Ya monótono gime y nocturno
Su rumor en las horas de paz.

¿Por qué sueñas, ó fuente suave,
Noche y día, escondida que vas?
¿A quién canta sus trinos el ave
Que arrebatan los vientos no mas?

¿Por qué en canto, ó poeta, suspiras
Que la muerte recoge al nacer?
¿Por qué en torno el desierto no miras,
Y tu estrella sin gloria caer?

Alma gloria! destello de vida,
Que la vida prolongas en tí!
Ilusion la mas pura y querida
Que los hombres crearán aquí!

Mas brillante te ví que la luna,
Y los brazos cual niño tendí...
Oh! feliz á quien dá la fortuna
O gozarte, ó burlarse de tí!

Yo corria, en tí fijos los ojos;
Tú en el cielo te alzabas al par;
Y despues solo ví mil abrojos,
Y la sangre mis plantas bañar.

Y la voz en mis labios ha muerto,

Cual si el aire faltara á la voz;
Y he sentido mi espíritu yerto
En mi seno extinguirse precoz.

Y al traves del camino en mi calma
Me he tendido, entre el polvo y tropel
Del que arranca triunfante la palma,
Del que vuela animoso al laurel.

Y mi nombre caerá solitario
En la nada, confuso con mil,
Cual se mezclan en fétido osario
Los despojos del pueblo mas vil.

Alza, ó gloria, tu trono en el suelo
Que en los astros lo alzó la virtud;
Si ella muestra á las almas un cielo,
Brillas tú sobre el negro ataud.

Que el sepulcro es al ménos risueño
Si allí mece su sombra un laurel:
Con la prez mas tranquilo es el sueño
De los muertos que duermen en él.

Ah! que es triste en sus ansias al hombre
Tierra solo á la tierra tornar,
Y á lo mas en la losa su nombre
Por un siglo esculpido dejar!

Ah! que es triste nacer moribundo,
Ignorado cual ántes de ser!
Habitar inmortal otro mundo,
Y en aqueste á la nada volver!

A la nada su lira y su canto,
Séres mil que su mente creó,
Y su amor y delicias, y cuanto
En la tierra, en los hombres amó!

Si mi voz al ménos canora
Resonara en algun corazón!
Como suena en la noche á deshora
De una cítara el lánguido son,

Cuando al hombre los astros del cielo
Adormecen en alta quietud;

Solo dos vigilando en el suelo,
El que escucha, el que tañe el laud.

Si en mi tumba despues se plantara
En lugar de laurel un cipres,
Que en los aires alzado llamara
A mirar una tumba á sus pies!

Mas ¿qué fueran diez años de llanto
Hombre amado, si mueres en pos?
Espirara sin eco aquel canto,
Un olvido cubriera á los dos.

Y mi nombre enterrárase entónces
Con el pecho en que tuvo loor...
Ay de mí! ¿por qué el mármol y bronce.
Duran mas que la vida y amor?

Mas la gloria á la muerte domina
Y en herencia á los siglos nos dá;
Y virtud, tan hermosa y divina,
Polvo deja si al cielo se vá!

Que sus lides, y el ansia sufrida,
Y los llantos que enjuga ó vertió,
En el libro se escriben de vida,
De la tierra en los mármoles no.

Bien está á los laureles su gloria,
A la espada, á la lira su prez;
Que á virtud dan los cielos victoria,
Y ellos brillan tan solo una vez.

Tal en urnas ardiendo el incienso
Una vez, no renace jamas;
Su perfume balsámico y denso
En la cúpula ondea, y no mas.

Pero muere sin jugo ni aroma
Confundida entre el polvo la flor;
Y al abril reverdece, y asoma
Con más vida, y más brillo, y olor.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.